

Manuel Gálvez, novelista de ambiente histórico

*Breves consideraciones sobre la historia-novela
en el siglo XIX*¹

Con razón escribió Taine (*Historia de la literatura inglesa*), refiriéndose a Walter Scott, que «las causas que hicieron abor-
tar la novela histórica hicieron triunfar la novela de costum-
bres»². El mismo Larra que había escrito una de las más im-
portantes novelas históricas, *El doncel de don Enrique el Do-
liente*, dos años después³, reprocha a los «padres de nuestra
generación literaria» el haber adaptado «ideas peregrinas y
exóticas y vestirlas con lengua propia», para afirmar después
que la tarea inmediata del literato es abordar el «estudio del
conocimiento del hombre». ¿Qué recomienda Larra? «Ayudarse
de pequeñas trampas dramáticas, cortas invenciones verosími-
les» y exponer a nuestra vista el estado de nuestras costum-
bres⁴.

Con el influjo del costumbrismo se atenuará el pasado his-
tórico-arqueológico para adentrarse el novelista en el presente
histórico-sociológico, a lo que contribuye un cúmulo de facto-

(1) Los débitos de Gálvez con la novela histórica decimonónica son evidentes de ahí que considere oportuno recordar algunos juicios.

(2) «La España Moderna», M., vol. IV, p. 237.

(3) «El Español», 18 de enero de 1836, con el título de «Literatura: Rápida ojeada sobre la historia e índole de la nuestra». Cito por la edición de Aguilar, pp. 749-751.

(4) Crítica de *Panorama matritense*, artículo 2.º, «El Español», 20 de junio de 1836 (Aguilar, p. 760). Es uno de los artículos más liberales y ecuánimes de Larra, en el que se reconoce una amplitud de magisterio que va de Horacio a Lope, de Roilan a Shakespeare, de Moratin a Víctor Hugo, de Macine a Calderón.

res de toda índole, como la revolución de 1848, que coincide cronológicamente con el *Manifiesto* de Marx y Engels, y en el caso de América la lucha contra regímenes dictatoriales, del que es buen ejemplo la Argentina de Rosas. Estos y otros hechos hacen que se introduzcan en la literatura dos nuevas ideas: apoteosis del nacionalismo (reacción contraria a la aparición de las internacionales) y una revisión de las cuestiones sociales: Se resolverán de muy diferentes modos, pero lo social, el factor evolutivo —en muchos casos puramente presentativo— de un estado social, constituirá un capítulo imprescindible de la novela, sin que por ello se niegue la importancia que con el parnasianismo adquirirá la temática arqueológica.

Siguiendo al crítico Gómez de Baquero, 'Andrenio' (*El renacimiento de la novela española del siglo XIX*), habrá que distinguir la que llama novela arqueológica de la novela histórica. La acción de la primera sucede en épocas remotas, de modo que el autor habrá de acudir a la arqueología para reconstruir el ambiente y dar una sombra de verosimilitud a sus personajes. Tal es el caso de *Salambô* (1862), *Quo vadis?* (1894-96) ó *Afrodita* (1896).

La novela histórica debe ser dividida en dos grupos: la novela histórica propiamente dicha y la de ambiente histórico. El argumento de la primera se desarrolla entre personajes que han existido y que pertenecen a la Historia; la dificultad que entraña justifica su menguado cultivo, del que no obstante es buen ejemplo la novelística de Marejkovski, entre la que destaco su *Leonardo da Vinci o La resurrección de los dioses*, donde sólo actúan figuras históricas (Leonardo, Miguel Angel, Maquiavelo, Julio II, Savonarola, ...). Por el contrario, en las novelas de ambiente histórico, los personajes esenciales son creaciones del autor; los seres históricos sólo aparecen en algunos momentos, sin participar en la trama novelesca. Buen ejemplo de este tipo es la producción del argentino Manuel Gálvez, en especial su trilogía sobre la guerra del Paraguay, sus escenas sobre la época de Rosas y una novela sobre las invasiones inglesas.

En este punto cabe preguntarse si la novela es una «epopeya bastardeada», como la llamó Federico Schlegel, es decir,

una continuación de la poesía épica. Complejo problema que viene debatiéndose a lo largo de la historia de los géneros literarios por tratadistas de retórica, novelistas y críticos, en los que, sin embargo y a pesar de las distancias temporales e ideológicas, se observan juicios coincidentes. Brunetière cree que la epopeya ha evolucionado hasta convertirse en la novela actual. 'Clarín' afirma que «la novela es la épica del siglo». González Blanco juzga a *Madame Bovary* como una «hermosa epopeya» y de esta misma novela Ortega y Gasset dice: «Esto es la *Iliada*», como igualmente hacen André Levinson y Rafael Cansinos Assens al enjuiciar las *Escenas de la guerra del Paraguay* de Manuel Gálvez⁵.

¿Cabe considerar al novelista como un historiador? Balzac escribió: «Comienza a reconocerse que soy más un historiador que un novelista»; y, en efecto, tal como él concibe la novela de costumbres, supone hábitos, un país, una fecha, leyes, etc., y todos estos elementos forman la historia. Así, *Un hogar de soltero* implica la Restauración, como *Los parientes pobres* la monarquía de Julio. Paul Bourget llega a afirmar que toda novela es historia en cierto sentido y no le falta razón, pues el novelista se documenta como un historiador, lo mismo para escribir una novela de ambiente histórico que para una novela contemporánea. Podrían aducirse abundantes ejemplos de amplias encuestas y profundas investigaciones realizadas por novelistas; baste ahora con recordar algunos títulos como *Yo el Supremo* (1974), *El otoño del patriarca* (1975), *Terra nostra* (1975) u *Oficio de difuntos* (1976).

Es evidente que en estas mínimas consideraciones sobre novela histórica decimonónica el nombre de Benito Pérez Galdós debe ser piedra angular en las letras hispánicas. En 1867 inaugura con *La fontana de oro* una nueva técnica de novela histórica: construye lo histórico a base del costumbrismo, del realismo, de aprovechar como elementos la vida, costumbres, ideas,

(5) Rafael CANSINOS ASSENS. «Manuel Gálvez. Las novelas históricas de la guerra del Paraguay», en *Verde y dorado en las letras americanas*, Edit. Aguilar, M., 1947, pp. 345-402 (incluye las dos primeras novelas del ciclo rosista); Andrés LEVINSON. «Manuel Gálvez y su *Iliada* argentina». «La Razón», 6 de setiembre de 1930 (es traducción del aparecido en «Les Nouvelles Littéraires», abril de 1930).

etc., de los españoles de la época. El hecho tiene interés porque presenta la filtración de la vida en la novela, la actualización de los temas históricos y la preocupación histórica y nacionalista. El propio Galdós se apartará de estos principios en 1873 al aparecer el primero de sus *Episodios nacionales*.

* * *

Se ha dicho, aunque no ejemplificado, que Gálvez es un «escritor de cepa galdosiana». Evidentemente Gálvez tiene un concepto de la novela histórica que apenas se diferencia del galdosiano: «es una novela como cualquier otra, siempre que lo literario —acción, personajes, descripciones, psicología— predomine sobre lo histórico»⁶. No es esta la ocasión de analizar el magisterio del español, aunque sí voy a referirme a una muy clara y significativa coincidencia. Buena parte de sus quehaceres literarios están motivados por una preocupación histórica que en ambos casos conviene dividir en tres grupos. No insistiré con Galdós por haber clasificado él mismo su narrativa («Novelas españolas de la primera época», *Episodios Nacionales* y «Novelas españoles contemporáneas») de acuerdo tanto con una evolución temática como vital. Todos estos aspectos son aplicables a la novelística galveziana, sin que ello signifique que el argentino sea servil imitador del español; pienso que se trata de una coincidencia de procedimientos, de idéntica concepción del arte narrativo.

Gálvez, apoyado en una técnica realista, emprende en sus primeras novelas un riguroso análisis de la sociedad argentina. En una segunda etapa, a partir de 1926 se adentra por caminos eminentemente históricos. En sus últimos años centra su atención en hechos contemporáneos y de manera especial las vicisitudes del peronismo. El resultado es un amplio fresco de la historia y la intrahistoria argentinas que esquematizo en el siguiente cuadro, confeccionado de acuerdo con una cronología temática y no por la fecha de aparición de las novelas.

(6) *El novelista y las novelas*, Emecé Editores, B. A., 1958, p. 78. En repetidas ocasiones volvió Gálvez a teorizar sobre esta cuestión, y muy especialmente sobre el valor histórico de sus novelas (vid. el volumen tercero de sus memorias, *Entre la novela y la historia*, y en el prólogo a *Tránsito Guzmán*).

Años que abarca la acción	Novela	Tema histórico-ambiental tratado	Fecha de publicación	
1806-1807	<i>La muerte en las calles</i>	Invasiones inglesas	1949	SEGUNDA EPOCA
1828-1829	<i>El gaucho de los Cerrillos</i>	Manuel Dorrego (1828-1829) Los gobiernos de Juan Lavalle (1828-1829)	1931	
1829-1835	<i>El general Quiroga</i>	Subida al poder de Rosas (1829) y derrocamiento (1832). Asesinato de Quiroga (1835)	1932	
1835-1839	<i>La ciudad pintada de rojo</i>	Dictadura de Rosas hasta su derrocamiento se refleja el ambiente por Urquiza. También uruguayo y chileno. Este panorama se complementa con la <i>Vida de don Juan Manuel de Rosas</i>	1948	
1839-1840	<i>Tiempo de odio y angustia</i>		1949	
1840-1842	<i>Han tocado a degüello</i>		1952	
1843-1848	<i>Bajo la garra anglofrancesa</i>		1953	
1849-1852	<i>Y así cayó don Juan Manuel</i>		1954	
1863-1870	<i>Los caminos de la muerte Humaitá</i> <i>Jornadas de agonía</i>	Guerra del Paraguay	1928 1929 1929	
1900-1920	<i>La maestra normal</i>	Problema educacional (normalismo) Ambiente de provincia (La Rioja)	1914	
	<i>La sombra del convento</i>	Cuestión religiosa (Córdoba)	1917	
	<i>El mal metafísico</i>	Ambiente literario (Buenos Aires)	1916	
	<i>La tragedia de un hombre fuerte</i>	Ambiente de Buenos Aires	1922	
	<i>Nacha Regules</i> <i>Historia de arrabal</i>	Ambiente lupanario de Buenos Aires y el mundo obrero del arrabal	1919 1922	
	<i>La Pampa y su pasión</i>	Ambiente turístico	1926	
1942-1946	<i>El uno y la multitud</i>	Segunda guerra mundial y el problema entre neutralistas y aliadófilos. Finaliza a los pocos meses de haberse implantado el peronismo	1955	TERCERA EPOCA
1955	<i>Tránsito Guzmán</i>	Bombardeo de Buenos Aires el 16 de junio y preparativos para la revolución de setiembre	1957	

Del presente cuadro interesan las once primeras novelas, cuyo ámbito temporal comprende de 1806 a 1870, y a las que la crítica no duda en aplicar el calificativo de históricas. Evidentemente no estamos ante el concepto de novela histórica propio y característico del Romanticismo. El propio novelista nos da una salida al afirmar que son «de ambiente histórico». Esta confesión tiene un doble interés. Uno primero y principal que es la intención del narrador por recrear una parte del pasado argentino, sentimiento condicionado por su ideología nacionalista; en segundo lugar no renunciará a los fueros de la imaginación, y con ello acepta la recomendación de Larra. Es decir, Gálvez, sin desaprovechar el enmarcamiento cronológico que le brinda la adopción de un hecho histórico, puede moverse con libertad, puesto que al reproducir un ambiente no se alude sólo a los personajes cuyo nombre ha conservado la Historia, sino a todos aquellos que, creados por el narrador para reflejar un amplio panorama sociológico-costumbrista, se presentan, libre ya de las trabas de la crónica o del documento, sus pensamientos más íntimos, sus estados de ánimo, sus acciones y reacciones, su vida, sus costumbres, sus hábitos. Esta intención histórica, avalada por una ardua labor de archivo, y una facilidad para captar ambientes no vividos sino a través de lecturas, le llevan a realizar un tipo de novela que además de histórica es también social, costumbrista, psicológica y, hasta si se quiere, filosófica, puesto que no se reduce a presentarnos hechos, estados de ánimo o evolución de costumbres, sino que profundiza sobre las causas de todo esto.

Estas once novelas son tan interesantes por los episodios históricos que presenta, sean estos los de las dos invasiones inglesas de Buenos Aires o los de la alianza tripartita en lucha con el Paraguay o las luchas civiles entre unitarios y federales bajo la larga dictadura de Rosas, como por el amplio panorama de la vida que presenta en esos respectivos momentos. Pero no se limita a la presentación de este marco por extenso e interesante que sea; ahonda mucho más, y en este sentido disiente del concepto que tiene de su propio arte: «mi aptitud es la de evocar ambientes, vastos panoramas. No soy, me pa-

rece, un creador de caracteres individuales»⁷. Ciertamente que describe vastos panoramas, que plasma un estado psicológico colectivo, pero también presenta interesantes individuales, psicologías íntimas de una gama infinita que van de la ternura al odio, de la desidia y abulia a la malicia más refinada, del sensualismo torpe y desenfrenado a un pudor rayano en el misticismo. Movimiento y psicología de masas, sí; pero a la vez, poderosas y recias individualidades. Insisto en este aspecto dado que cierta crítica ha argumentado que estas individualidades resultan pálidas, sin caracteres sobresalientes. Sirva de ejemplo el juicio del prestigioso crítico Enrique Anderson Imbert: «A medida que Gálvez insistió en su catolicismo su arte también fue achabacanándose. En sus mejores novelas sabe sobreponerse a su defecto mayor: el tejer el relato con episodios, detalles y digresiones inútiles; pero no repuja bien los relieves de sus personajes»⁸. La brevedad obligada de este artículo me impide detenerme como quisiera en estas palabras con lo que sólo haré algunas observaciones. Si hay *achabacanamiento*, cosa que niego, nunca podrá atribuirse a la *insistencia en su catolicismo*, toda vez que empezó y siguió en el mismo ideario. Anderson Imbert alaba *La maestra normal*, *El mal metafísico*, *La sombra del convento* y *Nacha Regules*, y pienso que circunstancias ajenas a la crítica literaria le llevan a juzgar como *chabacanas* a aquellas novelas de hechos contemporáneos en defensa de una ideología católica y nacionalista. En cuanto a los personajes hay que tener en cuenta que Gálvez considera la novela como una reproducción de la vida, tanto en el aspecto exterior como en el interior; lo que nunca olvida es la verosimilitud de los caracteres que presenta; sin duda el elevado número de personajes desdibujados, apocados o abúlicos movió negativamente a un sector crítico; pero no veo motivo de censura en que el novelista, en uso de su libertad artística, elija unos caracteres u otros, que nos presente personajes difuminados, borrosos, o recias individualidades deteni-

(7) Este texto está sacado de una carta inédita que Gálvez escribió a José María Roca Franquesa.

(8) *Historia de la literatura hispanoamericana*, F. C. E., Méx., 1965, vol. I, p. 429.

damente analizadas, como Maíz o Eusebio de *Humaitá*, la Tadea de *La muerte en las calles*, etc.

Ya he aludido a la intención histórica de Gálvez, lo cual nos lleva a plantear la muy peculiar utilización del tiempo histórico que emplean los escritores hispanoamericanos. Es sabido que el mestizaje cultural tiende a yuxtaponer los más antagónicos conceptos. Ahora sólo interesa recordar la frecuente fusión de planos temporales que convergen en el presente, falsamente justificada por la idea hegeliana de que América era un continente sin historia, y que comporta una preocupación por la actualidad, un cierto desprecio por el tiempo histórico y un marcado sentido político-social de la obra, es decir, el escritor hispanoamericano utiliza la historia desde una perspectiva actual. Ello no significa negar la capacidad histórica del hispanoamericano, evidenciada desde los cronistas hasta nuestros días, pero sí advertir de una clara interferencia entre historia y literatura.

Gálvez no constituye una excepción: por una parte su ideología nacionalista le lleva a la revisión de un pasado histórico, especialmente rico en dictadores⁹, y por otra actualiza los lejanos acontecimientos. Veamos, por último, dos ejemplos de los muchos observables en la novelística galveziana. Pocos años antes de la aparición de *Los caminos de la muerte* había surgido en el Paraguay todo un movimiento vindicatorio de la figura del Mariscal Francisco Solano López. El lopizmo y su líder Juan E. O'Leary¹⁰ eran tema candente en la vecina república y su triunfo político en las cercanas elecciones de 1930 era fácilmente previsible. Para los escritores lopiztas, y Gálvez es admirador del Mariscal, López, lejos ya de ser un funesto tirano, pasa a ser sobrehumana encarnación de los intereses del pueblo guaraní: representa la patria en lucha con las tres naciones invasoras, movidas no por una ideología democrática y liberalizadora, sino por intereses imperialistas de ampliar sus fronteras a costa de las paraguayas. De esta manera se justifica

(9) Buen ejemplo son sus biografías sobre dictadores e estadistas: *Vida de Hipólito Yrigoyen* (1939), *Vida de don Juan Manuel de Rosas* (1941), *Vida de don Gabriel García Moreno* (1942), *Vida de Aparicio Saravia* (1942), *Vida de Sarmiento* (1945) y *Don Francisco de Miranda* (1947).

la política de terror seguida por López; se le admira y se le confiere talla napoleónica por su talento militar, por su ingenio para idear ardidés, en fin, se convierte en un mito que representa a la patria libre, siempre actualizado ante las continuas agresiones imperialistas yanquis.

Caso semejante es el de Juan Manuel de Rosas. Gálvez inicia la serie en 1931, aunque *El gaucho de los Cerrillos* ya estaba listo para la imprenta desde el año anterior; sin duda tal retraso cabe interpretarse como un acto conmemorativo del triunfo federalista de 1831, y ya se sabe la importancia de cualquier centenario en la sociedad hispanoamericana. Pero también el avisado lector puede establecer indudables concomitancias entre el golpe del unitario Lavalle y el de Uriburu. En la mente de todos los argentinos estaba la reciente revolución del 6 de setiembre de 1930; la descripción de Gálvez de la revolución de 1 de diciembre de 1828, que derroca a Dorrego y sitúa de gobernador a Lavalle, guarda gran parecido con el golpe militar que deroga la Constitución y coloca de presidente al fascistoide general Uriburu...

Como conclusión cabe hablar de la intención histórica de Gálvez, que recupera y actualiza episodios de la historia de América particularmente complejos.

JOSÉ LUIS ROCA MARTÍNEZ
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Oviedo

(10) O' Leary venía publicando estudios históricos en defensa del lopizmo: *Nuestra epopeya* (1919), *El mariscal Solano López* (1920), *El Paraguay en la unificación argentina* (1924).